Rio+20: lo que contamina es la pobreza

20.06.2012 | 23.05

Chicos en India mendigan por alimento. ¿Pueden darse el "lujo" de cuidar el ambiente?

MUNDO / **Bjørn Lomborg, el célebre "ecologista escéptico", dispara contra otra cumbre que soslaya los verdaderos problemas ambientales.**

La cumbre verde de las Naciones Unidas en Rio de Janeiro, Rio+20, está en problemas, y con motivos. Quienes planificaron este colosal evento no han sido capaces de ponerse de acuerdo en qué decir en el documento final, el que, irónicamente, se denomina "El futuro que queremos".

Es que durante las últimas cuatro décadas, la preocupación de la ONU por los temas "verdes" se acercó mucho más a las preocupaciones de moda de los ricos occidentales y se alejó de las legítimas preocupaciones de la abrumadora mayoría de las personas de la Tierra.

No siempre fue así. Hace cuarenta años, la primera conferencia de la ONU sobre medio ambiente en Estocolmo ayudó a cristalizar la necesidad mundial de una política ambiental sólida. Sin embargo, durante los siguientes veinte años, las preocupaciones occidentales comenzaron a tener una influencia cada vez mayor. Si bien Estocolmo había sido una conferencia sobre el "Medio Ambiente Humano", el tema de la Cumbre de la Tierra de Rio en 1992 fue "Medio Ambiente y Desarrollo", y el desarrollo ocupó el asiento de atrás.

Veinte años después, dignatarios de todo el mundo vuelven a reunirse en Rio y el desarrollo casi dejó por completo la mesa de negociaciones. Hablando de la boca para afuera sobre metas tales como la erradicación de la pobreza, Rio+20 se va a concentrar en la "sostenibilidad". Esta palabra solía aludir a las necesidades humanas. La definición clásica de la ONU, publicada en un informe de 1987, dice: "desarrollo que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades".

Hoy en día, en cambio, el término se utiliza para referirse al calentamiento global y a otras preocupaciones similares. En una entrevista honesta con Reuters, el negociador jefe de la delegación brasileña en Rio+20, André Corrêa do Lago, dice que la marca "sostenible" de la cumbre es deliberada: "El desarrollo sostenible es más fácil de vender en el mundo que el cambio climático, aunque el desarrollo sostenible sea una forma de enfrentar el calentamiento global y otros temas ambientales".

El calentamiento global existe. La quema de combustibles fósiles produce C02, que es un gas de efecto invernadero que calienta el planeta. Las consecuencias del calentamiento pueden ser positivas o negativas, según el lugar. Habrá más muertes por calor excesivo, pero menos por frío. Es probable que en Canadá, Dinamarca y Rusia, el calentamiento global moderado se considere una mejora

general, mientras que en los trópicos, un mínimo aumento de la temperatura probablemente sea un dato negativo. Hacia fin de siglo, el impacto general será sobre todo negativo.

El problema es que casi todos los aspectos de la civilización moderna se alimentan de combustibles fósiles. ¿Cómo esperamos que el mundo deje de usarlos sin contar con una alternativa más económica? Tomemos en cuenta el resultado más importante de la cumbre de Rio de 1992: la Convención Marco sobre el Cambio Climático que, a su vez, nos condujo al Protocolo de Kioto de 1997. El enfoque de Rio al calentamiento global fue un enfoque típico de la ONU: negociemos un tratado con lenguaje aspiracional y veamos si puede resolver un problema insoluble.

Como era de esperar, no lo ha hecho.

Básicamente el Protocolo de Kioto le pidió a las naciones desarrolladas que bajaran las emisiones de C02 mediante la reducción del consumo de energía o el uso de energía más costosa y más verde. Los modelos económicos muestran que la implementación completa del acuerdo de Kioto le habría costado al mundo unos US$ 180.000 millones por año en crecimiento perdido de PBI. Aún así, el beneficio sería una reducción inmensurable de sólo 0,004 °C para fines de siglo. Por supuesto, la mayoría de los países rechazó el tratado o efectuó cambios apenas perceptibles. La caída de las emisiones de C02 ha sido minúscula. Incluso la Unión Europea, partidaria entusiasta del tratado, lo único que hizo fue trasladar gran parte de su producción industrial (y la consecuente generación de gases de efecto invernadero) a países no comprendidos en el Protocolo, como China.

No obstante, el enfoque de la ONU siguió inalterable desde entonces. Sobrevivió a la catastrófica reunión en Copenhague en 2009 y a la reunión de seguimiento sin sentido que se celebró el año pasado en Sudáfrica. En Rio, se oirá el mismo lenguaje aspiracional.

Escuchamos hablar mucho sobre las "soluciones" al cambio climático, como los paneles solares y los biocombustibles, pero esas tecnologías verdes todavía no forman parte de la respuesta. Mientras las turbinas de viento y los paneles solares continúen siendo más caros que los combustibles fósiles y funcionen sólo en forma intermitente, nunca aportarán en gran escala a la oferta de energía. Alemania, el mayor consumidor de energía solar per cápita del mundo, produce solamente el 0,3 por ciento de su energía de esta forma. Y para lograr ese primer puesto, el país ha pagado US$ 130.000 millones por US$ 12.000 millones en valor energético. La reducción neta de emisiones de C02 reducirá el ritmo del calentamiento global en tan sólo 23 horas para fin de siglo.

Del mismo modo, la producción de biocombustibles está consumiendo el 40 por ciento de la cosecha de maíz de los EE. UU., aunque aporta solamente el 4 por ciento del combustible para transporte que se utiliza en ese país. Alrededor del mundo, el vuelco hacia las cosechas para biocombustible está dando como resultado un aumento en el precio de los alimentos y, como consecuencia de ello, un aumento en el hambre. Para expandir la tierra disponible para labranza, los agricultores talan más bosques, lo que perversamente lleva a un aumento general de las emisiones de C02.

Para solucionar el calentamiento global, necesitamos concentrarnos en tecnología verde más económica e innovadora que provenga de un aumento masivo en investigación y desarrollo. No vamos a llegar a ningún lado hasta que podamos hacer que la energía verde sea menos costosa que los combustibles fósiles.

Pero lo que resulta más importante, lo que realmente le importa a la mayoría de la gente, no es el calentamiento global y los demás problemas incluidos en la agenda de Rio+20. Existe una profunda y perturbadora desconexión entre los poderosos que caminan sobre alfombras mullidas en el campo de la ONU y lo que necesita la mayoría de los habitantes del mundo.

La verdad es que, mientras reflexionamos sobre las iniciativas verdes, aproximadamente 900 millones de personas siguen desnutridas, 1.000 millones carecen de agua potable limpia, 2.600 millones carecen de saneamiento adecuado y 1.600 millones viven sin electricidad. Año tras año, se producen aproximadamente 15 millones de muertes (un cuarto del total mundial) por enfermedades cuya cura resulta fácil y económica.

¿Cuáles son los tres temas ambientales más importantes en las naciones en desarrollo? La mayoría de los habitantes de los países ricos responden en forma incorrecta, incluso cuando se les permiten varios intentos. El calentamiento global no es uno de ellos, ni siquiera si consideramos las muertes causadas por inundaciones, sequías, olas de calor y tormentas. Desde los inicios del siglo XX, mortalidad vinculada con estas tres causas cayó, como mínimo, un 97 por ciento. Hoy en día, cerca del 0,06 por ciento de las muertes en el mundo en desarrollo son ocasionadas por esas condiciones climáticas extremas.

Por otro lado, uno de los principales asesinos ambientales en ese mundo es un problema desconocido

para la mayoría de los pobladores de los países ricos: la contaminación del aire en ambientes cerrados. Nosotros damos por sentado el acceso a la calefacción, a la luz y a la comodidad con sólo apretar un botón. Pero existen 3.000 millones de personas en las naciones en desarrollo que deben usar combustibles como cartón o estiércol para cocinar y mantener calientes sus hogares. La tasa anual de muertes por inhalación del humo de estos fuegos asciende a no menos de 1,4 millones (probablemente se encuentre cerca de los 2 millones), y la mayoría de las víctimas son mujeres y niños. Cuando la fuente de los fuegos de cocción consiste en residuos de cultivos y madera, la calidad del aire en ambientes cerrados puede ser 10 veces peor que la del aire externo, incluso en las ciudades más contaminadas del Tercer Mundo. Y no piense que está seguro cuando sale de casa: se estima que la contaminación del aire en espacios abiertos mata a otro millón de personas por año en las naciones en desarrollo: casi un 7 por ciento de todas las muertes. Esta cifra supera en más de 100 veces la tasa vinculada con inundaciones, sequías, olas de calor y tormentas.

El segundo problema es la falta de agua potable limpia y de saneamiento. Cerca de un 7 por ciento de todas las muertes en el mundo en desarrollo están vinculadas con la falta de agua potable limpia, saneamiento e higiene. Eso suma casi 3 millones de muertes por año.

El tercer gran problema ambiental (y sí, es ambiental) es la pobreza. Para los más de 1.000 millones de personas que subsisten con menos de US$ 1,25 por día, preocuparse por temas ambientales es un lujo distante. Si su familia se está congelando, usted va a talar el último árbol para buscar leña. Si su familia pasa hambre, usted va a sacarle todo a la tierra para alimentarla. Y si no tiene certeza respecto del futuro, tomará recaudos de la única forma posible: tendrá más hijos para que lo cuiden en su vejez, sin importar cuánto agregue esto a las exigencias de la humanidad para con el planeta.

La pobreza significa que existen comunidades enteras que tienen menos para comer, reciben menos educación y están más expuestas a enfermedades infecciosas. Si se les permite enriquecerse, podrán satisfacer las necesidades inmediatas de sus familias, como alimentos, agua limpia y educación, y después podrán darse el lujo de empezar a cuidar el medio ambiente. La historia reciente sugiere que cuando los estándares de vida suben, los pueblos y las sociedades reducen su contaminación, dejan de talar bosques y dejan de morir a manos del aire sucio y del agua contaminada.

En síntesis, ayudar a la gente a emerger de la pobreza es una de las mejores cosas que podemos hacer por el ambiente. Pero el énfasis en Rio estará puesto en crear una nueva "economía verde". Los organizadores de la cumbre pidieron a uno de sus más grandes impulsores, la Fundación para la Nueva Economía (NEF), que explicara el significado real de esta palabra de moda. ¿Y cuál fue la respuesta del centro de estudios británico? "No hay que empezar desde una perspectiva de crecimiento". En lugar de ello, nos dicen que la gente necesita "un menor consumo general" y elogian a Japón porque desde la década del ‘90 virtualmente no experimenta ningún crecimiento. Los países pobres deben "revitalizar las economías rurales, aprovechando las sinergias que surgen de los patrones de consumo en los niveles de bajos ingresos". En otras palabras, deberían estar contentos con la pobreza que tienen. En un informe sobre "trabajos verdes" publicado el año pasado por la Organización Internacional del Trabajo, la ONU declaró que el actual modelo económico del mundo era un fracaso: "El modelo de crecimiento y desarrollo reivindicado en las últimas décadas no consiguió el crecimiento inclusivo y el desarrollo sostenible a los que aspiran los habitantes de todo el mundo".

Paremos un minuto y evaluemos las últimas cifras sobre pobreza total mundial que publicadas semanas atrás. En oposición a la nefasta evaluación de la ONU, la humanidad nunca fue testigo de una reducción más clara en la pobreza del mundo. La proporción de gente que vive en la pobreza total ha caído en forma masiva del 52 por ciento en 1981 al 22 por ciento en la actualidad.

Dentro del actual modelo económico, el panel del clima de la ONU pronostica una reducción extrema de la pobreza en todo el mundo durante el próximo siglo: se proyecta que los ingresos per cápita del mundo en desarrollo aumentarán más de 23 veces su nivel del año 2000 para el año 2100. ¿Entonces, cómo puede argumentar la ONU que ese crecimiento económico necesita ser anulado y reemplazado con una "transformación completa de la tecnología en la que se basa la actividad económica humana"?

Veamos China. No fue volviéndose verde que los líderes de China sacaron a 600 millones de personas de la pobreza en las últimas tres décadas. Lo hicieron a través de un contaminante, pero abrumadoramente exitoso, crecimiento del PBI. Lo hicieron a través de un comercio internacional a gran escala.

A pesar de lo que pueda imaginarse (Beijing también participa de la farsa verde occidental), en China sólo una veinteava parte del uno por ciento de la energía proviene del viento, y la mitad de una milésima parte del uno por ciento proviene de paneles solares. Los líderes chinos saben, como los de Occidente, a pesar de su retórica, que la riqueza no proviene de los subsidios a tecnologías ineficientes y que los puestos de trabajo no se crean imponiendo gravámenes al resto de la economía para que pague por trabajos verdes antieconómicos. Saben que lo que importa es participar en una economía

internacional. Los estudios económicos muestran que una Ronda de Doha exitosa de la Organización Mundial del Comercio generaría resultados entre 100 y 1.000 veces mejores para los países del Tercer Mundo que los que pudiera generar cualquier acuerdo climático realista.

Necesitamos que nos devuelvan nuestra Cumbre de la Tierra. El medio ambiente es importante; tanto, que lo mejor sería que lo cuidáramos con inteligencia. Eso significa no más Protocolos de Kioto, no más destrucción de bosques ni biocombustibles que induzcan al hambre. Significa concentrarnos mucho más en investigación y desarrollo verdes para enfrentar el calentamiento global. Pero, lo más importante, es que significa una inversión inteligente que se concentre en los problemas que importan en este momento. Significa responder a la pobreza en formas que logren algo más que hacer que los donantes se sientan bien consigo mismos.

Por supuesto que, en ciertas ocasiones, los paneles solares pueden ser la mejor forma de brindar acceso a la electricidad en comunidades que viven casi aisladas. Pero para la mayor parte de los 1.600 millones de personas que viven sin electricidad, deberíamos optar por la solución más probada, simple y barata: conectarlos a generadores o centrales eléctricas que, al igual que las nuestros, funcionan mayormente con combustibles fósiles. Cuando cae el Sol, esos pueblos se quedan literalmente sin luz. ¿Por qué pensamos que ellos deberían tener tecnologías que son más caras, menos confiables y mucho más frágiles que aquellas en las que nosotros confiamos?

Lo mismo se aplica a las soluciones para la contaminación del aire en ambientes cerrados. Las cocinas solares pueden ser una buena idea, pero es probable que las tecnologías que nos han sido útiles en el pasado, como las cocinas a kerosene y gas natural, sean más económicas, flexibles y útiles.

Sólo se puede alcanzar una sostenibilidad genuina y una economía verdaderamente verde si garantizamos el crecimiento y el desarrollo reales, del tipo de los que sacarán a mucha más gente de la pobreza y les permitirá tomar decisiones ambientales responsables por sí mismos. Para llegar al futuro que queremos, necesitamos volver a lo esencial. Necesitamos hacer lo que sabemos que funciona.

© 2011 Copyright InfoNews.com - Todos los derechos reservados.
Se permite la utilización total o parcial de los artículos solo citando la fuente.
1650 C1414CHX - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Powered by Netlabs | Diseño GDS.web